

Entrevista a una mujer renteriana

por Purita GUTIERREZ

No os diremos quién es, porque fue una entrevista "robada". Las ideas que nos ofreció generosa —por si pueden hacer bien a otras mujeres— nunca tuvieron la pretensión de aparecer en la Revista.

Hoy, al pedirnos una colaboración, ofrecemos aquellas ideas muy gustosamente, como un homenaje a estas mujeres de las que nos sentimos orgullosas: ¡Nuestras madres!

Esta mujer no es artista de cine, ni ministro, ni siquiera es «mis 1962». Es solo una mujer sencilla. En su sencillez hay grandes dosis de bondad, de heroísmo y de humildad, pero eso no se ve, ni ella misma lo sabe. Es mejor.

Ella es una de tantas mujeres que en nuestros hogares tienen un puesto callado y van cumpliendo su misión en la vida, sin ruido, sin golpes de efecto. Por eso nadie sabe las maravillas que sembraron; nadie sabe los tesoros que concibieron.

Y hace falta decirlo. Porque quizá están más de moda las apariencias. Queremos ser más a costa de lo que sea. Y eso, no. A costa de los valores auténticos, no. Y conquistaremos el mundo si en nuestra audacia de hoy sabemos mirar a estas mujeres, que a pesar de no haber ido apenas a la escuela, han sabido tantas veces ser sabias, femeninas y santas...

Cuando fui a visitarla no pensaba yo en entrevistas. La encontré poniéndose el delantal para preparar la cena. Me recibió como siempre, con esa cordialidad suya que hace sentir a una un poco hija suya también.

Una de sus nietecitas quiso enseñarme la muñeca antes de ir a acostarse. Después hablamos de sus hijos. (¡Cómo le gusta hablar de sus hijos!) Me enseñó la fotografía de los tres pequeños que están en el seminario preparándose para el sacerdocio. Me habla también de la novia de uno de los chicos mayores. Se entusiasma también con sus nietecitas, tan rubias, tan guapas y tan listas. Y acaba leyéndome las últimas cartas de sus dos hijas religiosas. Una de ellas no está muy lejos..., pero la otra... allá en el Congo...

Y yo veo a esta mujer abrirse al mundo. Y la siento amar a esos niños de color que su hija cuida en el orfanato. Y comprendo cómo sin salir de su casa, la misión de esta mujer va a alcanzar horizontes insospechados. En la labor de su hija misionera flota el espíritu y la influencia de su madre.

Y veo algo muy suyo revivir en las clases de teología del seminario, en los sueños apostólicos de tres futuros sacerdotes.

Y sé que su influencia de mujer católica presidirá el noviazgo y el matrimonio de los otros hijos.

Y se lo digo. Le pregunto si se da cuenta de que ella es un poco misionera, un poco sacerdote, un poco madre otra vez...

Y ella me cuenta una anécdota:

Cuando un Obispo recién ordenado enseñaba a su madre con emoción el anillo episcopal, ella a su vez le mostró el anillo de boda diciéndole:

—Sin este anillo no hubieras podido tú llevar ése.

Ante esta mujer se siente la sensación de que toda mujer tiene una misión amplia de continuidad. No solo es portadora de la vida, es también —consciente o inconscientemente— repartidora de sentimientos, de costumbres, de valores que arraigarán en otros y harán



el mundo mejor o peor, según sea ella y según lo quiera.

Es entonces cuando se me ha ocurrido pedirle que me cuente algo de sus experiencias, de la forma en que educó a sus hijos. Y esta mujer que no leyó libros de psicología y que rezuma sencillez me ha dado unas ideas que no quiero guardar, porque lo que hoy nos cuenta una madre sincera sobre la manera de tratar a los niños ¿a qué mujer le puede resultar indiferente?

Y le preguntamos:

—¿Cómo hay que tratar a los niños?

—Lo primero que tenemos que hacer —nos dice— es AYUDARLES EN AQUELLO QUE LES PREOCUPA. Una madre tiene que ser muy observadora. Tiene que vigilar y estar muy atenta a sus necesidades y peligros. Y ayudarles siempre. Y no poner zancadillas.

—Aunque sangre el corazón —y ella sabe bien de esos dolores— hemos de favorecer siempre sus ilusiones y su vocación. No forzarles jamás; orientarles sí, pero con un infinito respeto a su libertad.

—¿Qué es lo que da mejores resultados: la mano dura o la suavidad?

—NO CONVIENE SER SEVEROS —responde— no se consigue nada por la fuerza. Es mejor ser su amiga, que no te tengan miedo.

—Y lo más importante de todo —dice convencida— es la Gracia de Dios. Debemos rogar mucho por ellos. Y rezar con ellos a la mañana y a la noche. Pero... no cargarles de oraciones. Que no vean la oración como algo pesado, sino que aprendan a hablar con Dios.

Esta mujer, con un criterio admirable, nos va señalando con sencillez todo un programa de pericultura cristiana.

—Y también poco a poco —continúa— tenemos que enseñarles A CUMPLIR CON SUS DEBERES. Con suavidad, pero deben aprender a ser fieles, nobles y sacrificados.

De pronto se impacienta para aclarar:

—Pero cuidado con hacerlos «ñoños» o «re-pipis». HAY QUE DEJARLES JUGAR. Y que se manchen y que rompan zapatos. Dejarles que sean niños...

Y esta mujer que comprende tan bien a la infancia, porque ha sido madre siete veces, continúa:

—...y respetarles como si fueran mayores. Por eso no conviene nunca burlarse. Debemos tomar sus asuntos con seriedad. Para los niños, «aquello» es importantísimo aunque los mayores no lo consideremos así... Tenemos que hacernos un poco niños y comprenderles.

Se observa en esta madre, que hasta su matrimonio vivió en un caserío, un sentido muy alto de su responsabilidad.

—Mira —nos dice— interesa mucho ayudarles en los problemas de amigos. No conviene que anden excesivamente sueltos, pero sí que frecuenten la compañía de otros niños. Eso les hace ser más sociables y es bueno para todos. Por eso, no debe molestarnos que vengan sus amiguitos a casa...

—¡Ah! —recuerda de pronto—, NO ENGAÑARLES JAMAS. Ser muy sinceros con los niños. Aclarar sus dudas con delicadeza. Adivinar sus preocupaciones y procurar no dejar nada sin respuesta.

Un problema que exige solución

por Angel María Torrecilla Arruebarrena

Ignoro si todos los que se ponen a escribir un artículo, sea cual fuere este, se encuentran con las mismas dificultades que yo. Pero la verdad es que a mí —y no me importa confesarlo, aunque así no les ocurra— me cuesta bastante encarrilarlo. No sé cómo romper con él. De qué forma empezarlo. Y a veces me torturo el magín pensándolo. Es que depende, en gran parte, del giro inicial que se le dé al mismo para que así quede acabado. Se habrán dicho, tal vez, las mismas cosas, pero de distinta forma. Y la diferencia es grande.

Cuando me propuse abordar el tema que tenía pensado, puse gran interés en estudiar detenidamente su comienzo. Lo demás iría brotando a medida que la pluma pisara el pequeño surco de papel donde cada palabra se hallase oculta. Pero lo cierto es que no sabía de qué modo dar principio al mismo. Y como no contaba con tiempo tan holgado como para derrocharlo, al final tuve que emprenderlo así, confesando mi torpeza literaria.

De esta forma, encomendando mi pluma a las musas, me he aventurado a garabatear sobre la cuartilla blanca, confiado de que mi artículo, al final de la misma, habría ya dicho lo que ahora tan solo yo, confusamente, guardaba en mi subconsciente, con deseos de aclararlo a los demás. A todos. Chicos, jóvenes. Y también a personas mayores. Y no quisiera que estas me creyesen con la leche aún en los labios y sin conocimientos suficientes, por lo tanto, para poder escribir con el debido fundamento del asunto que voy a tratar. Pues si bien por su larga experiencia son ellos los que más sobradamente conocen estos casos, los jóvenes, por haber acabado de vivirlos, los sienten todavía con proximidad reciente. Y saben —claro que saben— en qué estriban estos problemas. Y conocen sus soluciones.

Este, al que nosotros nos referimos, actualmente existente en nuestro pueblo y que atañe directamente a los chicos jóvenes comprendidos entre los 15 y 18 años aproximadamente, es —concretémos— el de las diversiones. A la manera de pasar el rato, sobre todo, de la tarde de los domingos. Es que en nuestra Villa no hay lugares para «matar» ese espacio de tiempo para nadie. Y menos para los chicos de la edad que antes aludimos, como no sea el cine, el bar o el baile. Bueno, el cine lo descartamos, sencillamente, porque no se puede «enclaustrar» a una juventud inquieta un domingo y otro, todos, durante dos

horas seguidas, precisamente las mejores y más divertidas, ya que —lo comprendemos todos— necesitan expansionarse, charlar, moverse, jugar, en fin, hacer todo cuanto les permita, dentro de la buena ley, su alocada vitalidad. Y claro, han de echar mano entonces de lo que les queda: del bar y del baile.

Así ocurre que, chicos que en su vida han probado apenas un sorbo de vino, comienzan a entrar, primero con timidez esquiva, a los bares. Y terminan, los unos por habituarse a dichas libaciones, de continuo y como norma. Y los otros, a ser presa, en más de una ocasión, de sus efectos.

Triste es verdaderamente el que una per-



sona mayor se embriague, pero —a mi parecer—, si analizamos la cuestión friamente, huyendo de sentimentalismos que a nosotros tampoco nos son ajenos, pero que no hacen al caso, lo es más el que un adolescente llegue a empantarse en este vicio, sin culpa alguna, sólo porque le empujan por detrás. Aquéllos, aparte de otras razones de índole particular, si es que llegan a este penoso extremo, lo harán por su culpa, ya que, además de la suficiente experiencia que los años les proporcionan, deben tener la necesaria dignidad, hombría y personalidad para poder cortar, llegado el momento, el posible e inmi-

nente abuso alcohólico que, a todas luces, salvo casos de excepción —estos, claro está, quedan descartados, por supuesto, en todo nuestro presente artículo— presienten que se acerca. Mientras que un chico de esta edad, debido, por un lado, a su insuficiente capacidad bebedora, bien sea por su todavía inacabado desarrollo orgánico, o bien por simple y natural invalidez; y debido también, por otro lado, a su falta total de personalidad o carácter y a su gran complejo de chaval de escuela anidado dentro de sí, que le obliga a «descasillarse» termina más de una noche del domingo, unas veces sin pretenderlo, traicionado por él mismo, y otras, vendido por su escasa voluntad, absorbido por el vino. Por lo tanto, la culpabilidad, sobre todo en muchos de ellos, es —creemos— muy atenuante. Son víctimas de su propio «yo», al que no se atreven a pisotearlo un poco cuando comprenden que no son tan mayores como pretendían, ni poseen la resistencia de otros compañeros que ellos intentan emular, temiendo, tal vez, su burla o el menosprecio de su ingenuo y equivocado orgullo.

Y así sucede que, huyendo de la trampa que les pueda tender el baile, caen presos precisamente en otra no mejor. Pues muchos son los que pensando seria y rectamente temen adentrarse en él, porque saben que si lo hacen formalmente, acabarán a los pocos días por encariñarse con alguna chica más graciosa que las demás y, sin apenas darse cuenta, aún imberbes, empezarán a salir con ella; o por el contrario, tampoco ignoran, si de bien se precian, que si frecuentan el baile con intenciones no santas terminarán por caer una y otra vez, hasta llegar a enviciarse.

Nadie, pues, puede acusar a estos jóvenes, hallándose como se hallan acorralados en su fatal huida. Nuestro pueblo es para ellos un callejón sin salida. Y necesitan escapar de él.

Tal vez ahora se me espete objetándoseme de que es más fácil plantear problemas que buscar soluciones y, sobre todo, resolverlos felizmente. Cierto. Pero es que a veces hay que despertarlos, porque están dormidos. Aunque sea en sueños. Las cosas también se ven en ellos, aunque —repito— en sueños queden.

Y siguiendo en nuestro sonambulismo, ¡qué bien estaría en el pueblo un hermoso local de recreo donde los chicos, estos chicos adolescentes, pudieran distraerse con sus juegos y alternar la tarde callejera del domingo en su seguro y acogedor recinto!

Continuación de «Entrevista a una mujer renteriana».

¡Cuántas cosas y qué delicadamente bonitas sabe esta mujer! Ella me las cuenta despacio, con su conversación cariñosa y amiga. Yo, por temor a dejarme en el tintero las más importantes, me veo obligada a resumir... y lo siento.

—Conviene conversar con ellos —continúa— contándoles cuentos y anécdotas que raramente olvidan de mayores. Hace bien poco —recuerda— se refería mi hija mayor en una carta, al cuento del titiritero, que de pequeños les solía contar.

—Además de estas atenciones generales —prosigue— debemos estudiar A CADA NIÑO EN PARTICULAR. Fijarse en cómo son. Ver sus defectos y sus cualidades, observar su manera de ser y de reaccionar. Y tratarlos particularmente. Lo que con uno te da resultado, con otro puede ser contraproducente.

Agradecida por sus interesantes observaciones, le pregunto si cuesta mucho educar así a los niños; y reconoce que hay momentos difíciles de duda y de vacilación. Y que tam-

bién enseñándoles con buena voluntad, a veces los hijos se tuercen...

—Pero... ¡DIOS SIEMPRE AYUDA! —afirma plenamente convencida. —Y da mucha alegría haber hecho su voluntad.

Solo por esta última afirmación, dicha con tanta sinceridad y entusiasmo (en estos momentos en que el materialismo parece querer invadirnos de superficialidad) valía la pena de entrevistar a esta sencilla e importante mujer. Por mi parte me he despedido de ella más satisfecha que si hubiese estado charlando con la más famosa mujer del mundo.